

Luis Gerardo Morales  
Moreno\*

*Resumen:* Se presenta una síntesis de algunas investigaciones museológicas e historiográficas sobre el Museo Nacional en la Ciudad de México, durante el periodo 1825-1925; se retoma también la interrelación entre la escritura de la historia y su puesta en escena mediante los dispositivos museográficos. El objetivo es dar cuenta de la tensión que se abrió entre el estudio del pasado histórico y su sacralización en el museo-templo de la patria. A fines del siglo XIX, en el Museo Nacional se organizaron las disciplinas históricas y antropológicas de México; allí convergieron diversas sociedades y academias científicas.

*Palabras clave:* Museología, anticuarismo, mexicanística extranjera, evocación museográfica, museo educador, indigenismo, museo-patria, mexicanización.

*Abstract:* This article synthesizes museological and historiographic research on the National Museum in Mexico City during 1825-1925. It also reprises the interrelation between the writing of history and its staging through exhibition design. The objective is to trace the tension that arose between the study of the historical past and its sanctification in the museum-temple of the nation. At the end of the nineteenth century, the National Museum organized Mexico's historical and anthropological disciplines, where diverse societies and scientific academies converged.

*Keywords:* museology, antiquarianism, foreign Mexicanistics, exhibition evocation, museum as educator, indigenism, museum-nation, Mexicanization.

# 1917: crisis de una museología anticuaria

1917: Crisis of an Antiquarian Museology

Este artículo sintetiza algunos productos de investigación que he desarrollado a lo largo de muchos años sobre el Museo Nacional, en la Ciudad de México, desde una perspectiva museológica e historiográfica, durante el periodo 1825-1925 (Morales, 1991; 1993; 1994b; 1998). Hemos analizado, además, la interrelación entre escritura de la historia y su puesta en escena a través de la mediación de los dispositivos museográficos (Morales, 2011b; 2012a; 2015). Ahora se dará cuenta de la tensión que se abrió entre el estudio del pasado histórico y su sacralización en el museo-templo de la patria. 1917 representó un momento axial para la libre exploración arqueológica del mundo indoamericano que había predominado, y su administración civil por el régimen jurídico emergente de la Revolución de 1910. A fines del XIX, el Museo Nacional fue la fábrica de una organización metódica de las disciplinas históricas y antropológicas de México, donde convergieron comunidades que operaban en diversas sociedades y academias científicas. Por otra parte, si para la historia europea el XIX culmina con el desmoronamiento de los viejos imperios zarista, germano, turco-otomano y austro-húngaro como parte de la Primera Guerra Mundial; en el México revolucionario dará inicio la mexicanización de la investigación arqueológica y etnológica del mundo mesoamericano.

Dividimos nuestra comunicación en cuatro secciones: la primera expone un breve panorama del clímax al que había llegado la “mexicanística extranjera”; la segunda aborda la interrupción de esa tradición científica por la vorágine de la Revolución de 1910-1917; la tercera, el marasmo de la museología anticuaria porfirista debatida entre la arqueología o la antropología; y la cuarta, el viraje hacia una antropología “para el buen gobierno” y una museología con vocación educativa y social.

\* Departamento de Historia, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

### Auge y caída de la mexicanística extranjera

En el verano de 1875, a iniciativa de la Société Américaine de France, tuvo lugar en la ciudad de Nancy, al noreste de Francia, el Primer Congreso Internacional de Americanistas. La realización de esas sesiones cristalizaba la sólida trayectoria que habían adquirido las investigaciones europeas sobre la historia de los habitantes del Nuevo Mundo desde que Alexander von Humboldt había pisado tierras americanas a comienzos del siglo XIX. En el último tercio de esa centuria, el interés por el mundo andino, azteca y maya propició la aplicación de teorías biológicas, sociológicas y antropológicas apoyadas en investigaciones de campo y expediciones arqueológicas emprendidas por una entusiasta ola de “exploradores extranjeros”. En ese clima intelectual se organizó, en 1895, por primera vez fuera de Europa, el XI Congreso Internacional de Americanistas, en la sede del Museo Nacional, en la Ciudad de México. Dicho evento impulsó la labor de sistematización de las colecciones arqueológicas e históricas. La curiosidad científica permitió al gobierno mexicano tejer una hábil diplomacia del gobierno mexicano por atraer inversiones extranjeras.

¿Qué entusiasma tanto a los “americanistas” de la *Belle Époque*? Lo definieron, en 1900, en el XII Congreso celebrado en París, cuando establecieron como primer objetivo de estos congresos “el estudio histórico y científico de las dos Américas y de sus habitantes”. Así, se adoptó el criterio de acotar el estudio del americanismo a las sociedades precolombinas, principalmente por parte de estudiosos y exploradores estadounidenses, británicos, franceses y alemanes. El concurso de todos ellos en el territorio mexicano fue de una abierta competencia académica que sentó las bases profesionales y empíricas de la investigación arqueológica, histórica, etnográfica y antropológica del mundo prehispánico en América. Esta labor alcanzó su momento brillante cuando, en 1910, se realizó el XVII Congreso Internacional de Americanistas, también en la sede del Museo Nacional; asistieron Eduard Seler, Franz Boas y Ales Hrdlicka, entre otros destacados estudiosos. La celebración de ese congre-

so coincidió con los festejos del Centenario de la Independencia de México, que fueron sellados con la inauguración de las ruinas de Teotihuacán y su museo de sitio. El gobierno mexicano consagró la labor del museo de las antigüedades, junto con un proyecto de profesionalización internacional de las disciplinas antropológicas e históricas. Muchos de los estudiosos del México antiguo provenían de otras instituciones museísticas extranjeras en donde sus teorías del origen y evolución del “hombre americano” sirvieron, al mismo tiempo, para fundar la descripción y representación de una “mexicanidad” racial remota. El proyecto internacional tendría en el Museo Nacional el laboratorio de investigación del “Egipto americano”.

En 1910 pudieron reunirse en México Eduard Seler y Franz Boas (1858-1942), para orientar la docencia profesional de las disciplinas antropológicas. Para ese momento Eduard Seler (1849-1922), de origen prusiano, era ya un conocedor y recolector de las antigüedades mexicanas, motivo por el cual había explorado nuestro país en seis ocasiones entre 1887 y 1910.<sup>1</sup> Para sus estudios se había valido de los museos europeos y estadounidenses, así como de las colecciones públicas conocidas en México. En palabras del historiador estadounidense Benjamin Keen, Alemania produjo en Seler “una figura de igual o mayor importancia que Humboldt para los estudios mexicanos” (Keen, 1988: 457). Para Brígida von Mentz, especialista en temas alemanes relacionados con México, no hay duda al respecto: “En el campo de la *Amerikanistik*, es Eduard Seler quien logrará dar los pasos más importantes hacia fines del siglo XIX. Con sus estudios se inicia aquella nueva tendencia que [caracterizamos] como la “edad de oro de la *Mexikanistik*” (Mentz, 1988: 229).

Seler sistematizó lo que hasta el momento de su llegada a México eran sólo recopilaciones. Según Mentz, el interés de Seler por la “arqueología” y la “etnología” mexicanas despertó cuando tradujo, en 1884, la obra del marqués de Nadaillac, *L’Amerique*

<sup>1</sup> Véase el trabajo de Sepúlveda (1982), y el de Hanffstenge y Tercero Vasconcelos (eds.) (2003).

*prehistorique* (Du Poget, 1983). Su mayor aportación consistió en superar cierto anticuarismo en las dinámicas de recolección de piezas y códices con el fin de explicar las relaciones étnicas y culturales de la llamada América antigua. Para Selser, el trabajo arqueológico debía insertarse en una visión más amplia que lo vinculase con los rasgos culturales; el material arqueológico debía acompañarse también de una investigación lingüística y etnológica. Habiéndose formado en ciencias matemáticas y naturales, Selser terminó especializado en lingüística comparada y obtuvo su doctorado en 1887. Ese mismo año contrajo matrimonio y decidió viajar a México, por vez primera, para retornar a su país donde obtuvo, en 1889, la cátedra de lingüística, etnología y arqueología americanas en la Universidad de Berlín. Para la antropóloga mexicana Teresa Sepúlveda, la clave para entender el interés del científico alemán por la arqueología y la etnología se comprende cuando buscó, en varias de sus obras, la vinculación “entre la lengua y los pueblos que la hablaban y con el contexto cultural y geográfico en que se daban” (Sepúlveda, 1982: 12). Adepto a una teoría cultural evolucionista y multilineal, Selser produjo obras de traducción e interpretación de los códices de carácter calendárico religiosos, en particular los de Sahagún y el grupo *Borgia*.

Por su parte, Franz Boas —originario de Minden, Westfalia, Alemania y naturalizado como estadounidense— dirigía el Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia y había sido curador del Museo Americano de Historia Natural, en Nueva York, a comienzos del siglo XX. Cuando arribó a México en 1910, estaba en la plenitud de su carrera académica. Desde finales del siglo XIX se había opuesto, en diversos estudios, al racismo científico de base biológica que le había inculcado su maestro Friedrich Ratzel (1844-1904) en la Universidad de Heidelberg (Zermeño, 2009 [1878]). Ratzel, originario de Karlsruhe, Baden-Württemberg (al sudoeste de Alemania), era un naturalista consumado; se graduó en zoología y biología en las universidades de Heidelberg, Jena, Múnich y Berlín, en donde tuvo contacto con la teoría de la evolución de las especies de Charles Darwin, así

como con la geología y la paleontología de Karl Alfred de Zittel. Ratzel, y muchos otros como él, se educaron en un clima intelectual donde el interés por América se había publicitado por la actividad coleccionista y la producción científica del Museo de Etnología de Berlín, creado en 1873, y reabierto en un nuevo edificio en 1886, cuya tradición conservadora se remonta al siglo XVII, cuando era una “cámara de maravillas” de los gobernantes de Brandemburgo-Prusia. En el nuevo museo de etnología, sus colecciones se reunieron con las del Museo de Arte Popular y en ese recinto “se establecerán las primeras cátedras de americanística y de etnología de las universidades de Berlín y Leipzig, respectivamente” (Vázquez y Rutsch, 1997: 115).

Boas dio impulso al relativismo y el particularismo histórico-culturales en oposición a la postulación de leyes universales, para lo cual buscó la unión de la antropología con la sociología con el fin de estudiar a las sociedades “no occidentales”. Con esa perspectiva, el mexicano Manuel Gamio fue un destacado discípulo de Boas, y difundiría posteriormente, en México, las tesis culturalistas del antropólogo germano-estadounidense. Precisamente en 1910, Gamio presidía el Congreso de Americanistas en México, y ahí puso de manifiesto un enfoque distinto del evolucionismo biológico-geográfico. La convergencia entre maestro y discípulo resultó afortunada. Desde principios de siglo Franz Boas había acariciado el proyecto de establecer una institución dedicada al estudio de la antropología en México. Este viejo anhelo cristalizó en septiembre de 1910, cuando fundó la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas con Eduard Selser y otros investigadores de la antigüedad mexicana, como el checo-estadounidense Ales Hrdlicka (1869-1943). Hrdlicka había propuesto que todas las razas tenían un origen común y se sumaba a la teoría de que el hombre americano provenía de Asia, por el estrecho de Bering. Hrdlicka ocupaba, desde 1903, el cargo de curador de antropología física del Museo Nacional de Historia Natural del Instituto Smithsonian, en Washington.

En un comienzo participaron en la organización y manutención de la Escuela Internacional los go-

biernos de México y Prusia, la Sociedad Hispánica de América y las Universidades de Columbia, Harvard y Pensilvania. Su objetivo profesional consistía en formar especialistas de alto nivel en el estudio de la arqueología, etnología y antropología americanas. Es necesario recordar que, desde 1904-1906, se impartían cursos de historia, etnología y arqueología en el Museo Nacional con la intención de renovar al personal de investigación. Estos cursos estaban en manos de Nicolás León, Jesús Galindo y Villa y Genaro García, quienes provenían, como era característico de esa época, de algunas profesiones liberales, como ingeniería civil, medicina y abogacía. El Museo Nacional estaba en manos de investigadores autodidactas; ellos, de modo empírico, se habían dedicado a la investigación del pasado. De ahí que las diferentes visitas de Eduard Seler, como de algunos de los especialistas extranjeros ya mencionados, contribuyeron a la profesionalización de la historia y la antropología. Las clases en el museo se mantuvieron formalmente hasta 1915, fecha a partir de la cual —y hasta 1927— pasaron a impartirse en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, creada también en 1910.<sup>2</sup>

El gobierno de Prusia nombró al doctor Eduard Seler como primer director para el año académico 1910-1911. Entre las primeras tareas que se propuso estuvieron: “Buscar y recoger material arqueológico: descubriendo, midiendo y estudiando lo que se encuentre; buscando y juntando los fragmentos desprendidos; fotografiando y dibujando los monumentos enteros y los detalles esenciales; abriendo sepulcros y asegurando su contenido para el Museo de la Nación” (citado en Rivermar, 1987: 104).

Boas, a su vez, impartía cursos de etnografía general, estadística antropométrica y métodos de estudio de las lenguas americanas en la recién creada Escuela Nacional de Altos Estudios. Para el año siguiente, 1911-1912, Boas fue nombrado director de la Escuela Internacional casi al mismo tiempo que publicaba *La*

*mentalidad del hombre primitivo* (Boas, 1992), uno de sus trabajos más célebres. La escuela fue inaugurada solemnemente la noche del 20 de enero de 1911 con la asistencia del presidente Porfirio Díaz (Castillo, 1924: 34).

### La impronta del tiempo revolucionario

Las “fiestas oficiales del Centenario”, junto con la creación de la Escuela Internacional de Arqueología, fueron el prólogo cultural de la llamada Revolución mexicana. El 13 de febrero de 1911, tres semanas después del evento académico que consolidaba la tradición germánica de la *Mexikanitske*, Francisco I. Madero vadeaba el río Bravo y reingresaba al suelo patrio como antihéroe insurrecto. Madero, descendiente de una de las oligarquías agrícolas y empresariales del norteño y fronterizo estado de Coahuila, publicó un manifiesto que denominó “Plan de San Luis”, y lo fechó un 5 de octubre de 1910. En realidad, el documento se había redactado en San Antonio, Texas, pero como esa fecha fue el último día de Madero en la cárcel de San Luis Potosí, prefirió no comprometer al gobierno estadounidense, ni tampoco a su propio movimiento. En dicho manifiesto, como se sabe, Madero convocaba al levantamiento armado el 20 de noviembre de ese año con el fin de derrocar el gobierno de Díaz, y se autoproclamaba presidente provisional. Así también lo reconocieron otros militantes de la causa, como Roque González Garza, quien también había estado preso en la cárcel de San Luis. En San Antonio, Texas, le presentó armas Abraham González junto con Francisco Villa. Los “alzados” desfilaban para estrechar la mano del nuevo caudillo. Con ellos estaba Giuseppe *Peppino* Garibaldi, nieto de aquel Garibaldi que fue uno de los principales artífices de la Unidad Italiana de los años 1854-1860.

En las fiestas del Centenario de la Independencia, la colonia italiana comparó al prócer con la gesta independentista del cura Miguel Hidalgo. Peppino Garibaldi no iba en busca del “Egipto americano” sino del sueño liberal democrático de México. Fue uno los primeros extranjeros que se unieron a Madero,

<sup>2</sup> Véase Rutsch Zemmer (2007), y la compilación hecha por Rutsch Zemmer (1996).

quien lo nombró jefe de la Legión Extranjera al mando de 40 jinetes de diferentes nacionalidades que dieron batallas cruciales en Casas Grandes y Ciudad Juárez, Chihuahua (Valadés, 1985).

La orgía cívica septembrina de 1910 marcaba el fin de una época y el comienzo de otra: la tosca historia avanzaba por cuenta propia, libre del voluntarismo museal del poder del Estado. La aceleración del tiempo revolucionario agotaba la narrativa fastuosa, progresista, grandilocuente de la *belle époque* porfiriana. El goce conmemorativo había dejado la impresión de que la sociedad mexicana era dichosa. A partir de la insurrección de “los alzados”, dos mundos comenzaron a distinguirse nítidamente: un mundo social era la negación del otro mundo político. Como una realidad descarnada, ambos se expresaban fuera de las vitrinas del pasado petrificado en el museo. El mundo vivo regateaba su pedestal a la ilusión de la museo-historia (Morales, 1994a; 2002; 2009). Así nos lo cuenta Anita Brenner:

Todo el mes de septiembre se reservó para las fiestas. Y se destinó una importante cantidad del presupuesto para hacer que los días y las noches fueran una deslumbrante procesión de alegría para todos los huéspedes distinguidos de cada nación poderosa del mundo que habían sido invitados con todos los gastos pagados. La Plaza de la Constitución, la Catedral, el Palacio Nacional, las avenidas y paseos estaban radicalmente iluminados. A todos los indios, campesinos y gente que mostraba pobreza se le prohibió entrar a las principales avenidas. Los meseros que servían los banquetes eran europeos o mexicanos cuidadosamente seleccionados que podrían pasar por extranjeros. Niñas pequeñas esparcían flores en las calles, carros alegóricos desfilaban ostentando damiselas con ropajes griegos, sosteniendo pergaminos con palabras maravillosas: patria, progreso, industria, ciencia. Las mujeres más bellas fueron traídas de la provincia. Se importaron carros enteros de champaña tan sólo para el baile del presidente, al que asistieron siete mil invitados (Brenner, 1985: 19).

El poder de convocatoria internacional del presidente Díaz había sido rotundo. Su figura enaltecida representaba la reencarnación heroica del México in-

dependiente y la confirmación de su idealizada perpetuación en la silla presidencial. Sin embargo, la insurrección del terrateniente Francisco I. Madero en la región de lo que fue el estado de Coahuila y Texas en los orígenes de la primera república federal (1824-1836), comenzó a tener éxito en los estratégicos y prósperos estados fronterizos de Chihuahua, Coahuila y Nuevo León. Para desgracia de los “porfiristas”, el gobierno estadounidense solapó las conspiraciones de San Antonio, Texas, y Ciudad Juárez, junto con un intenso comercio de armas transfronterizo. En pocos meses, súbitamente la historia de las revueltas sociales, imprevisible, bajó de su pedestal museográfico al soldado del 2 de abril y lo puso con sus festejos, medallas y cronistas en las páginas de una nueva lectura del pasado histórico.<sup>3</sup> Al mismo tiempo que el *establishment* cultural consagraba al “Egipto americano”, Porfirio Díaz quedaba convertido en pieza de museo. Inclusive, varias de las colecciones que conforman los fondos del actual Museo Nacional de las Culturas (fundado en 1965) provienen de los regalos diplomáticos entregados al gobierno para conmemorar el Centenario de la Independencia.

A partir de 1911, otros actores políticos disputarían a Díaz el derecho a la vitrina y a la mirada curiosa (o mórbida) del espectador escolar. A los catorce días de haberse puesto al frente de los insurrectos, Madero hablaba ya con la autoridad de un jefe militar, entre otras cosas, para salir en defensa de *Peppino* Garibaldi ante las intrigas de las huestes locales por su condición de extranjero. Otra vez Madero comparaba al prócer Garibaldi con los próceres de la nacionalidad mexicana:

El hecho de ser extranjero no es motivo para privarnos de los servicios del señor Garibaldi [...] en México,

<sup>3</sup> Nos referimos a la fecha conmemorativa del triunfo de las fuerzas republicanas comandadas por el general Porfirio Díaz sobre las armas imperialistas de los conservadores mexicanos y franceses, en 1867. El calendario heroico de la historiografía oficialista comprende dos fechas: la del 5 de mayo de 1862, cuando las fuerzas republicanas del general Zaragoza frenaron las armas invasoras de Napoleón III, en Puebla, y la del 2 de abril de 1867, cuando Porfirio Díaz rompió el sitio de Puebla, todavía en manos de los invasores y los conservadores mexicanos.

uno de los héroes cuya memoria honramos es Mina, súbdito español que luchó en las filas de los insurgentes mexicanos [...] Por último, el abuelo y aún el padre del señor Garibaldi (Menotti Garibaldi) siempre han puesto su espada al servicio de los oprimidos (Valadés, 1985: 256).

Al conocerse la victoria maderista en la aduana de Ciudad Juárez se hizo un gran revuelo en la Ciudad de México. Pronto en diversos lugares de la capital se escucharon los gritos en favor de la revolución y en contra de Porfirio Díaz. La muchedumbre abandonó los carros alegóricos del patriotismo para sumergirse de nuevo en la realidad. Conforme a los Tratados de Ciudad Juárez, Porfirio Díaz presentó su renuncia al Congreso el 25 de mayo; en ella afirmó: “El pueblo mexicano, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado de honores [...] se ha insurreccionado en bandas milenarias, armadas, manifestando que mi presencia [...] es la causa de la insurrección” (Contreras y Tamayo, 1983: 355).

La presidencia la asumió, interinamente, Francisco León de la Barra, hasta la realización de nuevas elecciones. Madero resultó electo el 1 de octubre de 1911. Para ese momento, Madero no era más el líder incuestionado que entró a la capital de México el 6 de junio, aclamado por la multitud. Había impuesto a su candidato a la vicepresidencia, José María Pino Suárez, y se había separado de muchos de sus primeros seguidores: “Había buscado una componenda con el viejo régimen introduciendo en su gobierno a personajes conservadores, claramente ligados con la dictadura y no había comprometido ninguna reforma social de fondo, olvidando en cambio sus promesas agrarias iniciales” (Meyer y Aguilar Camín, 1989: 35).

Con el cambio político que reemplazó a Díaz, por supuesto, no se resolvieron de inmediato los problemas sociales de México. El 25 de noviembre de 1911, Emiliano Zapata proclamó el Plan de Ayala en representación de los campesinos de Morelos, en el que califica a Madero de “traidor a la patria, por estar a sangre y fuego humillando a los mexicanos que desean libertades, a fin de complacer a los científicos, hacendados y caciques que nos esclavizan” (citado en

Ávila, coord., 2009). A partir de este quiebre agrarista en las filas de los revolucionarios maderistas, los eventos pueden leerse de manera diferente. En la historiografía del estado de Morelos transcurren entrelazadas las ópticas singulares con las plurales, desde la Conquista hasta el agrarismo del presidente Lázaro Cárdenas. Los cimientos de los mercados agrícolas y agroindustriales; la continua superposición y pugna de los sistemas de dominación y explotación entre el mundo rural y urbano; la emergencia de rebeliones “arriba” y “abajo”, emblemáticas en el prócer de la Independencia, José María Morelos y Pavón, hasta llegar al torbellino agrarista que provocó el Plan de Ayala, encuentran en ese espacio “un flujo continuo de la microhistoria con la macrohistoria”, lo que convierte a Morelos en “un ejemplo significativo de microhistoria universal” (Morales, coord., 2011a: 25).

En términos generales, la agitación política de estos años afectó las instituciones, obligando a rediseñar el modelo de desarrollo junto con las políticas educativas que habían prevalecido hasta ese momento. En los años de la guerra civil de 1911-1917, el Museo Nacional intentó inútilmente mantenerse ocupado del estudio de las antigüedades, lejos de la explosión social. Sin embargo, sus investigadores y profesores tomaron conciencia de que el indio se había escapado del Departamento de Etnografía Aborígen. Era necesario repensar el museo y toda la política antropológica.

### El fin de una museología anticuaria

El derrocamiento del gobierno de Díaz demostró que la *historia patria* era *museable*, mas no la historia misma. La consagración de lo cívico en las salas del museo no significó el fin de la historia, sino el comienzo de una nueva narrativa que comenzaría a autodenominarse como “de la Revolución”. Aunque el museo tuvo en esos años de la guerra civil a diez directores, y su apacible vida académica sufrió altibajos, supo adaptarse a las nuevas circunstancias políticas. Genaro García fue sustituido por Cecilio Robelo en julio de 1911 y pronto impuso el nuevo calendario cívico de

la Revolución, motivo por el cual se suspendieron las labores el 20 de noviembre; el *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía* (BMNAHE) reporta que se hizo así “para celebrar dignamente el aniversario de la Revolución que trajo al país la caída de un gobierno que duró más de treinta años, el fin de la Dictadura y la proclamación de los principios salvadores del Sufragio Efectivo y la no reelección” (BMNAHE, 1911b: 11).

La adaptación al tiempo acelerado de la Revolución no convirtió a todos los investigadores en incondicionales del cambio. En la apertura de las clases de arqueología, Jesús Galindo y Villa pronunció un discurso indicativo del objetivismo historiográfico de su época:

Y aquí, señores, lejos del recio oleaje de las contiendas políticas, a las que debemos ser ajenos para conservar mayor serenidad en la apreciación de los hechos, independencia de juicio y rectitud de criterio; aquí, en este recinto, sin estar aislados del mundo exterior, pero trabajando incansables y escudriñadores como el fraile en el retiro santo y tranquilo de su celda, o el alquimista de antaño en el fondo de su misterioso laboratorio, continuaremos con entusiasmo y con fe la marcha momentáneamente interrumpida, en persecución de un solo ideal: la verdad (BMNAHE, 1911a: 23).

La pretensión de apartarse de la historia insurreccional no se cumplió. Las salas de historia del museo comenzaron a recibir objetos que habían participado recientemente en la campaña antirreeleccionista de Madero. Tal fue el caso del estandarte del club femenino antirreeleccionista “Hijas de Cuauhtémoc”, fundado por las maestras Dolores Jiménez y Muro y Julia Nava, entre otras, y afiliado al Partido Nacional Democrático, que, a solicitud de su presidente Juan Gómez, ingresó como pieza de museo para que “quede como un recuerdo de las mujeres que supieron luchar por su patria” (BMNAHE, 1912b: 139). Por su parte, el personal de la “servidumbre” solicitó en marzo de 1912 a la dirección del museo “recibir instrucción militar, a fin de estar prevenidos para la defensa del orden y de la autoridad constituida en cualquier caso de emergencia”. En referencia a la insurrección zapatista, con-

serje y mozos se aprestaron a defender la ciudad “si el bandolerismo la atacara” (BMNAHE, 1912b: 181).

En todo caso, los años de la revolución armada y los primeros de la posrevolución fueron para Galindo y Villa de gran actividad académica. Responsable del Departamento de Arqueología e Historia, consideraba que la tendencia de los programas de arqueología debía llegar “a la interpretación y al conocimiento más o menos preciso de todo lo que los pueblos antiguos han transmitido a la posteridad, en obras materiales, definición que informa el objeto de la Arqueología” (BMNAHE, 1912a: 166). Propuso dividir la arqueología de México en *prehistórica*, *precolombiana* y *colonial*. Esta división era sugerente porque el periodo arqueológico lo llevaba hasta el siglo XVIII. Existía también en el museo un Departamento de Etnografía Colonial y Contemporánea que contaba con 5 000 piezas en exhibición, distribuidas en cinco salas, que consistían en muebles y lienzos de la etapa novohispana; en las vitrinas centrales se exponían armas, peinetas, pulseras, prendedores, fistles, prendas e insignias del ejército mexicano, “riquísimas piezas de malaquita y bronce” traídas por Maximiliano, etcétera. El programa de estudios de arqueología fue obra también de Galindo y Villa, que consideraba que el estudio de cualquier civilización o cultura “debía ser realizado por medio de los monumentos que son la unidad arqueológica; por lo tanto una clasificación de monumentos precedida de notas acerca de la geografía y museografía de los mismos integrarían un programa de arqueología” (Rivermar, 1987: 98). Según esa consideración, la vinculación entre la investigación arqueológica y la exhibición museográfica eran vitales para la enseñanza de la arqueología nacional. Sin embargo, tal concepción era ajena a las enseñanzas de Selser y Boas porque todavía giraba en torno al *monumentalismo* que concebía a la población indígena separada de la realidad inmediata, de su etnografía.

Con los sucesos de la Revolución, el funcionamiento del museo se redujo en gran medida a la labor docente. La enseñanza de la antropología quedó dividida en tres niveles: el primero refería a la antropología física; el segundo a la etnología, y el tercero, a

la arqueología. El responsable del Departamento de Antropología Física era Nicolás León y el del Departamento de Etnología, Andrés Molina Enríquez. Este último abandonó las antigüedades del museo el 23 de agosto de 1911, cuando se unió a la lucha armada proclamando el Plan de Texcoco, en el que atacó la gran propiedad, la venalidad de los jefes políticos, el sistema de tiendas de raya, los bajos jornales agrícolas y propuso la repartición de la tierra. Por esta acción Molina Enríquez fue encarcelado dos años.<sup>4</sup> Este personaje había publicado *Los grandes problemas nacionales* en 1909, una obra que cuestionaba con agudeza la política social y rural dominantes, y tuvo un papel destacado en la legislación agraria del futuro gobierno constitucional (Molina Enríquez, 1978).

A raíz de su salida fue sustituido por el guanajuatense Pedro González, quien había sido delegado por su estado en el Congreso de Americanistas, en 1895. Ingresó al museo como ayudante de bibliotecario, pero después se incorporó al departamento de publicaciones. Se desempeñó como profesor de etnología desde septiembre de 1911 hasta noviembre de 1912, cuando fue sustituido por Gabriel González Olvera. Según Pedro González, la antropología tenía por objeto estudiar los pueblos y razas desde el punto de vista biológico y social. Concebía la etnología dentro de la antropología y la clasificaba en etnogenia, etnografía y etnología. Esta concepción la aplicaba en su programa de enseñanza del museo:

La etnología estudiaba el origen de la especie, la formación de razas, la influencia ejercida por agentes físicos y sociales sobre el hombre; la etnografía, con los datos aportados por la etnogenia, clasificaba las razas actuales o desaparecidas. Su objetivo central era dar a conocer la humanidad tal cual es hoy y en todas sus partes; la etnología se ocupaba de la distribución de las razas en el mundo, de sus migraciones, de su historia y de sus relaciones entre sí. Mientras las dos primeras estudiaban el carácter anatómico y fisiológico de las comunidades humanas, la etnología estudiaba su carácter social (Rivermar, 1987:101).

<sup>4</sup> Véase “Plan de Texcoco. 23 de agosto de 1911”, en Ulloa y Hernández Santiago (coords.) (1987: 153-154).

En 1911, Manuel Gamio volvió a México después de haber obtenido su “master” en artes en Estados Unidos. Ocupó el puesto de arqueología en el Museo Nacional y se incorporó a los trabajos de la Escuela Internacional, institución que sólo tendría tres directores más: al geólogo y botánico de origen francés George Engerrand, de la Universidad de Texas (1912-1913), al antropólogo Alfred Marston Tozzer, de la Universidad de Harvard (1913-1914), y al propio Manuel Gamio. La guerra europea de 1914-1918 terminó con el apoyo financiero prusiano a dicha Escuela, por lo que en 1916 Gamio quedó como el último director, cargo que ocupó hasta 1920, fecha en que la escuela desapareció. Es claro que fue el Museo Nacional la institución que sostuvo en esos años la investigación histórica y antropológica. En 1917, con la creación de la Dirección de Antropología se abrirá otra etapa.

### Una antropología al servicio del buen gobierno

Antes de eso, el retorno de Manuel Gamio al Museo Nacional y su inmediata incorporación al trabajo antropológico con nuevas ideas basadas en el determinismo cultural boasiano marcarían el comienzo de una nueva etapa que no estuvo exenta de dificultades. De modo paralelo a su trabajo en el Museo y en la Escuela Internacional, el 23 de febrero de 1912, Gamio ingresó a la Inspección de Monumentos Arqueológicos con el apoyo de Francisco Vázquez Gómez, quien fungía como secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes desde el interinato de León de la Barra (González Gamio, 1987: 39). A partir de 1911, Francisco Vázquez se abocó a la reorganización de esa Secretaría “pues había muchos empleados que nada hacían”, y puso fin al prolongado reinado de Leopoldo Batres (1852-1926), que estuvo a cargo de la Inspección de Monumentos Arqueológicos desde su creación, en 1885. Batres, quien había realizado estudios de arqueología en el Museo de Historia Natural de París, llevó a cabo —entre muchas otras actividades— la exploración y restauración de la Pirámide del Sol, en Teotihuacán, así como “la reconstrucción”

del monumento de Xochicalco para la conmemoración del Centenario (Bueno, 2016). Todo comenzó cuando:

Un día, y ya bien entrada la mañana, se me presentó en el ministerio una comisión de indígenas de San Juan Teotihuacán, y con su manera muy especial de expresar las cosas, me dijeron: “Señor, como ahora dicen que se hace justicia a los pobres, venimos a que se nos haga justicia”. De qué se trata? —pregunté. “Señor —continuó el que la hacía de jefe—, nosotros teníamos unos terrenitos en San Juan Teotihuacán, cerca de las pirámides; unos tenían magueyitos, otros no, pero allí sembrábamos y en uno había una noria. Para arreglar lo de las pirámides nos los quitaron y no nos los han pagado” (Vázquez Gómez, 1982: 283-284).

Vázquez Gómez emprendió una averiguación administrativa y confirmó la información de los “indígenas” vivos de Teotihuacán. Se abrió un expediente en el cual se hicieron constar las declaraciones de varios testigos, entre quienes figuraron:

[...] sobrestante, materialistas, maestro de obras, albañiles, etc., de las obras que se habían ejecutado en aquel lugar, como un hotel con sus dependencias y otras cosas; pero el hotel estaba a nombre de una señora amiga del señor don Leopoldo Batres, inspector de monumentos arqueológicos; y no sólo eso, sino que con materiales y obreros pagados por la nación se había reconstruido una gran casa en la calle del Álamo, propiedad del mismo señor inspector (Vázquez Gómez, 1982: 284).

El presidente León de la Barra pidió a Vázquez Gómez no llegar hasta el fondo para evitar un escándalo público, a lo que se opuso el ministro. Dos días después, Batres se entrevistó con Vázquez para solicitarle suspendiera todo procedimiento judicial:

El señor Batres se retiró bastante contrariado por mi actitud y esa misma noche, según supe después, salió para Veracruz, embarcándose al día siguiente para Europa, de donde no regresó sino hasta en la época del gobierno de don Venustiano Carranza. A mi regreso de los Estados Unidos, en 1923, supe que dicho gobierno del señor Carranza había pagado al señor Batres la suma de diez y siete mil pesos por el hotel que había construido con dinero de la nación y en terrenos de que fueron despojados unos pobres indios (Vázquez Gómez, 1982: 285).

Manuel Gamio instaló en ese hotel una escuela para los trabajadores y sus hijos en la que se construyeron talleres de herrería, tabique, cerámica y carpintería (González Gamio, 1987: 57). En septiembre de 1913, asumió la dirección de la Inspección de Monumentos que había visto reducidas sus funciones a la mera conservación de zonas arqueológicas y su trabajo se entorpeció debido también a las rencillas de Batres con el Museo Nacional. Durante 1913-1914, la Inspección había dependido del museo, cuando estuvo bajo la dirección de Genaro García, por segunda vez (agosto a diciembre de 1913), y Roberto Esteva (enero a agosto de 1914). A partir de 1914, cuando Luis Castillo Ledón asumió por primera vez la dirección del Museo Nacional, pasó a depender de la Dirección General de Bellas Artes, luego se le incorporó a la Universidad Nacional y, en 1917, a la Secretaría de Agricultura y Fomento. En 1913, se implantó un nuevo reglamento del museo que incluía las obligaciones de las dos inspecciones que quedaron bajo su responsabilidad (Castillo, 1924: 85-100). A los fines de recolección, conservación, exhibición, estudio y enseñanza del Museo Nacional se agregaron los de inspección de monumentos arqueológicos e históricos. Este reglamento ampliaba y precisaba mejor al anterior de 1907 y mantenía la concepción porfiriana de funciones del museo: las actividades de conservación e investigación estaban entrelazadas con las de docencia y exhibición museográfica.

Manuel Gamio puso en jaque el legado científico del régimen porfirista al plantearse una superación del museo de antigüedades para incorporarlo a una política antropológica coherente, eminentemente nacionalista y con fines sociales. Para Gamio, la discusión sobre la nacionalidad traspasaba el recinto museístico y su procesión cívica para instalarse en una reflexión política sobre la construcción de una sociedad nacional, que implicaba una plena *ciudadanización* del indígena desde el Estado.<sup>5</sup> Esto significaba imponer la igualdad jurídica liberal a las etnias autóctonas de

<sup>5</sup> Para una reflexión sugerente sobre el contexto “racialista” de la mestizofilia de esos años, véase Lomnitz (2014: 77-103).

tradicción corporativa novohispana para mexicanizarlas. Estas ideas fueron expresadas nítidamente en su libro *Forjando patria*, en 1916 (Gamio, 1916). El punto de partida era concretamente en lo que atañe al “olvido del indio” que desde la era republicana independiente se le redujo, conforme a Gamio, a una condición de marginación y pobreza. Ya Clavijero y Humboldt habían hecho diagnóstico semejante en sus respectivas obras sobre la Nueva España.

Ahora, en la etapa revolucionaria del *tiempo acelerado*, el nuevo actor de la política antropológica proponía pensar una sociedad nacional integradora de todos sus elementos culturales y étnicos. Con Gamio resurgió un indigenismo no excluyente de la influencia hispánica y muy crítico de la historia mestiza de héroes y villanos; sin embargo, en los años de la Revolución, el Museo Nacional exhibía a un indio muerto, ficticio, concebido desde el anticuarismo arqueológico. En cambio, el enfoque “etnográfico-etnológico” constituía un conjunto de colecciones expuestas según un criterio que pretendía formar “un concepto claro del estado evolutivo de los diversos grupos indígenas mexicanos”, además de buscar la creación de un concepto estético (Galindo y Villa, 1922: 30-31).

La crítica de Gamio afectaba también a la precaria regulación que había adquirido la arqueología y la etnografía de México. ¿Quiénes hacían investigación antropológica y en qué idioma? La separación entre europeos y aborígenes no era exclusiva de la Conquista y la época colonial:

[...] sino que se hizo más honda en los tiempos contemporáneos, pues la Independencia, hay que decirlo de una vez sin reservas hipócritas, fue hecha por el grupo de tendencias y orígenes europeos y trajo para él libertades y progreso material e intelectual, dejando abandonado a su destino al grupo indígena, no obstante que es el más numeroso y el que atesora quizá mayores energías y resistencias biológicas a cambio de su estacionamiento cultural (Gamio, 1916: 13-14).

No había entonces una patria mexicana sino muchas pequeñas patrias, algunas con población predominantemente indígena y otras con población mestiza.

En otro capítulo del mismo libro Gamio plantea la necesidad de crear una Dirección de Antropología o un Instituto Antropológico Central tanto en México como en los “numerosos países americanos”. La antropología debía ser “el conocimiento básico para el desempeño del buen gobierno, ya que por medio de ella se conoce a la población que es la materia prima con que se gobierna y para quien se gobierna” (Gamio, 1916: 23). El libro tuvo una gran influencia en los medios políticos y culturales de México por muchas décadas. Desde 1913, Gamio había querido convertir la Inspección de Monumentos en Dirección de Antropología. Toda la empresa de Gamio consistía en aplicar los conocimientos antropológicos a la práctica, a la solución de problemas concretos de la población y no únicamente contemplar el “Egipto del Nuevo Mundo”.<sup>6</sup> Para Gamio, era alarmante el desconocimiento que tenían los mexicanos de los indígenas del país, y particularmente cuestionó el tipo de antropología que se había hecho hasta entonces: estudios aislados, inconexos y carentes de una concepción amplia, integral y crítica de su entorno. El indigenismo de Gamio se erigió en el enterrador de las gestas heroicas del siglo XIX y representa una de las posturas sociales más originales del periodo 1911-1917. Para Gamio:

La antropología suministra el conocimiento de los hombres y de los pueblos, de tres maneras: 1° Por el tipo físico. 2° Por el idioma y 3° Por su cultura o civilización. Pues bien, el estudio de la cultura o civilización de las agrupaciones humanas que habitaron nuestro país antes de la Conquista es lo que, entre nosotros, se ha convenido en llamar Arqueología (Gamio, 1916: 104-105).

La arqueología y la antropología podían ser conocimientos instrumentales para adquirir una visión objetiva de la historia de México. El patriotismo renovador de Gamio lo conduce a explicar la Revolución como una segunda Independencia que debía resaltar los aspectos objetivos de nuestra historia. ¿A qué se

<sup>6</sup> En 1918, Galindo y Villa dijo que la “actual nación mexicana es con toda verdad el Egipto del Nuevo Mundo” (Galindo y Villa, 1918: 16).

refiere este anhelo de objetividad histórica? A la voluntad de abandonar las tinieblas. Desde este punto de vista, para el antropólogo formado en la Universidad de Columbia con Franz Boas, los museos tenían mucho que aportar, pues los entrelaza con la historia, la antropología y la arqueología dentro de una genuina idea de lo que llamamos “evocación museográfica”. No sólo había que conocer las crónicas y los manuscritos indígenas, sino que también por medio de fotografía, pintura, escultura, arquitectura y “objetos auténticos”, había que reconstruir “modelos típicos de templos y palacios propiamente decorados; indumentaria pintoresca de monarcas, nobles señores, sacerdotes, guerreros, industriales y esclavos; utensilios domésticos y rituales; escenas y ceremonias” (Gamio, 1916: 104-105).

Gamio era también heredero de los pedagogos del siglo XIX, pues insiste aún en la exhibición de los objetos como pruebas fehacientes de un conocimiento verdadero. Se preguntaba: ¿qué puede hacerse en pro del objetivismo histórico? Su respuesta es inmediata:

Desde luego hay que fomentar la ampliación de los museos existentes y crear otros, implantando en ambos métodos expositivos eficientes, clasificaciones descriptivas adecuadas y guías o catálogos de utilidad práctica. Además, capítulo de alta importancia, hay que empezar a escribir historia objetiva, hay que emborronar menos cuartillas e incluir más ilustraciones y sobre todo, debe hacerse concordar lo que se escriba con lo que relativo a la época descrita exista en los museos o en otros lugares: objetos diversos, indumentaria, arquitectura, escultura, etc. (Gamio, 1916: 123).

Manuel Gamio observó en la relación museo-arqueología un instrumento útil para la antropología. A fin de cuentas, el Museo Nacional no era únicamente un exhibidor de objetos sino un productor de *imágenes culturales*. Al antropólogo le preocupaba no sólo el conocimiento o ignorancia sobre el México prehispánico sino, sobre todo, la imposibilidad de construir un arte nacional que no estuviese escindido entre lo indio y lo español. La obra nacional, formada “por incorporación evolutiva”, era consecuencia del choque entre lo español y lo indio: “El arte español y el pre-

hispánico estaban frente a frente, se invadieron uno a otro, se mezclaron y, en muchos casos, se fundieron armónicamente” (Gamio, 1916: 65).

En efecto, la Conquista había sido un intercambio de objetos y signos, y por lo tanto, de patrones de arte, de imágenes de lo bello y lo feo, lo sublime y lo terrible. Ni el indígena ni el europeo escaparon a la influencia recíproca. La clase media occidentalizada y con patrones estéticos impuestos, y los indígenas sumidos en la coerción ilustrada de las elites no estuvieron en condiciones de lograr una producción artística válida para ambos grupos: “Cuando la clase media y la indígena tengan el mismo criterio en materia de arte, estaremos culturalmente redimidos, existirá el arte nacional, que es una de las grandes bases del nacionalismo” (Gamio, 1916: 67). De este modo, Gamio descubrió el porqué de la imposibilidad de valorar el arte arqueológico prehispánico de manera equivalente al llamado arte clásico:

En resumen, puede decirse que los estados mentales que presiden a la producción de una obra artística o que se originan por su contemplación, en buena parte resultan del ambiente físico-biológico social contemporáneo a la aparición de dicha obra, así como de los antecedentes históricos a los pueblos que son antecesores artísticos de aquel que la produjo (Gamio, 1916: 73).

En este sentido, el museo desempeña un papel crucial en la formación del *gusto*:

Los hombres de civilización contemporánea occidental, tenemos análoga manera de sentir, de juzgar el arte; poseemos, si cabe la expresión, un «patrón de estética»; [...] estamos casi siempre de acuerdo cuando decimos: «esto es artístico, bello»; [...] comprendemos a Rodin porque vivimos en él, comprendemos el arte de tiempos pasados, el de Grecia, el de Roma, el de Bizancio, porque la historia, la literatura, el museo y otros factores educativos [...] constituyen nuestra gran herencia artística [...]. Estamos preparados, dispuestos. Nuestra alma puede ser en cualquier momento helénica, románica o bizantina (Gamio, 1916: 72-73).

La arqueología mexicana comenzaba a proyectar una imagen *museizada*. En Gamio y Galindo y Villa apreciamos la supervivencia del museo en los tiempos

acelerados de la Revolución. La concepción del *museo educador* resurge con nuevos bríos y a la luz de nuevas reflexiones. Aunque en apariencia la historia real y la *museo-patria* siguieron caminos distintos, los años 1911-1917 definieron un punto crucial para los museos públicos de México: contribuir con el largo proyecto de educación pública secular (Morales, 1998; 2011c; 2012b). El vínculo entre el Museo Nacional y la filosofía educativa posrevolucionaria fue muy semejante a la asumida durante el porfiriato: el patriotismo arqueológico, sumándose ahora el nacionalismo revolucionario indigenista.

En 1916 Gamio había asumido la dirección de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, cargo que desempeñó hasta 1920. En 1915-1916 fue nombrado presidente de la delegación mexicana al XIX Congreso de Americanistas, celebrado en Washington, donde presentó la ponencia “Investigaciones arqueológicas en México 1914-1915”, publicada en las memorias del congreso. En 1917, Gamio alcanzó uno de sus más caros proyectos: la fundación de la Dirección de Antropología. La aplicación de los estudios antropológicos para contribuir a resolver los problemas de la población formaba parte de las nuevas tendencias científicas y educativas. Esta tesis fue planteada por primera vez en América Latina en el congreso de 1915. De hecho, como ya señalamos, Gamio propuso que en cada país de América fuese creado un instituto de antropología.

El Congreso Constituyente de Querétaro, al aprobar la nueva Constitución en 1917, ratificó en el artículo 13 transitorio la supresión de la Secretaría de Instrucción Pública. Gamio convenció al ingeniero Pastor Rouaix, secretario de Agricultura y Fomento, para que creara en esa Secretaría una Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos que llevara a cabo los estudios de la población al mismo tiempo que se hacían los del territorio del país, proyecto que fue aprobado. Pastor Rouaix ha sido revalorado recientemente por la historiografía como un genuino exponente de cierto nacionalismo liberal que concebía una nación mexicana anterior a la invasión castellana del siglo XVI. Concepción que coincidía con aquella na-

rrativa dominante del Museo Nacional que postulaba un engrandecimiento de las colecciones arqueológicas, así como con el propósito de Gamio de utilizar la antropología como una herramienta coadyuvante del constitucionalismo social (Morales, 2016: 61-80). Podríamos sugerir que la visión política del indigenismo en Gamio concordaba con lo que algunos historiadores denominan “modelo patrimonialista de la propiedad privada en México” con relación a los artículos 27 y 123 constitucionales (Morales, 2016).

En busca de una justicia social integral, Rouaix incorpora un enfoque antropológico. La flamante dirección a cargo de Gamio emprendió un vasto programa de estudios de la población y del territorio del país, por regiones, para contribuir a la mejoría de sus condiciones de vida. En 1918 cambió su nombre por Dirección de Antropología, la primera de esa índole establecida en América. Gamio estuvo al frente como director de 1917 a 1924 y comenzó a aplicar su proyecto en el valle de Teotihuacán, donde durante varios años fueron estudiados el clima, la hidrografía, la orografía, así como las características culturales y educativas de la población del valle. En 1922, con la publicación de *La población del valle de Teotihuacán*, Gamio cristalizó su visión de la antropología con su aportación mayor: estudiar integralmente una zona, desde sus raíces prehispánicas hasta las condiciones actuales, pasando por la etapa colonial, con la participación de especialistas de diversas ramas del conocimiento (Gamio, 1986). Para Julio César Olivé, esta obra debe ser considerada “un punto de partida de la antropología social mexicana” (Olivé, 2003: 30).

### Bibliografía

- ÁVILA, Felipe (coord.) (2009), *El zapatismo. Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del Sur*, t. VII, México, H. Congreso del Estado de Morelos, L Legislatura / UAEM / Navarro Editores.
- BMNAHE (1911a), “En la apertura de las clases de historia y arqueología, correspondientes al curso de 1911-1912”, *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. 1, núm. 2, agosto.
- \_\_\_\_\_ (1911b), “Aniversario de la Revolución”, *Boletín del*

- Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. 1, núm. 5, noviembre, p. 11.
- \_\_\_\_ (1912a), “El sr. prof. de Arqueología refuta observaciones, que al programa de dicha clase, hizo el sr. Inspector de Monumentos”, *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. I, núm. 8, febrero.
- \_\_\_\_ (1912b), “Estandarte del Club Hijas de Cuauhtémoc”, *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. 1, núm. 8, febrero.
- \_\_\_\_ (1912c), “Contingente del Museo Nacional para defender la ciudad, si el bandolerismo la atacara”, *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. I, núm. 10, abril.
- BOAS, Franz (1992), *La mentalidad del hombre primitivo*, Buenos Aires, Editorial Almagesto.
- BRENNER, Anita (1985), *La revolución en blanco y negro*, México, FCE.
- BUENO, Christina (2016), *The Pursuit of Ruins. Archaeology, History, and the Making of Modern Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press.
- CASTILLO LEDÓN, Luis (1924), *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1825-1925*, México, Talleres Gráficos del Museo Nacional.
- CONTRERAS, Mario, y Jesús TAMAYO, (1983), *México en el siglo XX. Textos y documentos*, 2 vols., México, UNAM.
- GALINDO Y VILLA, Jesús (1918), “Nuestro Egipto americano”, en *Polvo de historia*, t. I, México, Gómez de la Puente.
- \_\_\_\_ (1922), *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, Imp. del Museo Nacional.
- GAMIO, Manuel (1916), *Forjando patria: pro-nacionalismo*, México, Librería Porrúa Hnos.
- \_\_\_\_ (1986), *Arqueología e indigenismo*, introd. de Eduardo Matos Moctezuma, México, INI.
- GONZÁLEZ GAMIO, Ángeles (1987), *Manuel Gamio. Una lucha sin final*, México, UNAM.
- “Habla el Club Hijas de Cuauhtémoc, junio de 1911” (1987), en Berta ULLOA, y Joel HERNÁNDEZ SANTIAGO (coord.), *Planes en la Nación Mexicana. Libro Siete: 1910-1920*, México, Senado de la República / El Colegio de México.
- HANFFSTENGE, Renata von, y Cecilia TERCERO VASCONCELOS, (eds.) (2003), *Eduard y Caecilie Selser, Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*, México, UNAM / Conaculta-INAH.
- KEEN, Benjamin (1988), *La imagen azteca*, México, FCE.
- LOMNITZ, Claudio (2014), “Los orígenes de nuestra supuesta homogeneidad. Breve arqueología de la unidad nacional en México”, en Mariana BOTEY y Cuauhtémoc MEDINA (coords.), *Estética y emancipación. Fantasma, fetiche, fantasmagoría*, México, Siglo XXI, pp. 77-103.
- MENTZ, Brigida von (1988), “Los aportes de la etnología alemana”, en Carlos GARCÍA MORA *et al.* (coords.), *La antropología en México*, vol. 5, México, INAH.
- MEYER, Lorenzo, y Héctor AGUILAR CAMÍN (1989), *A la sombra de la Revolución mexicana*, México, Cal y Arena.
- MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés (1978), *Los grandes problemas nacionales*, pról. de Arnaldo Córdova, México, Era.
- MORALES, Humberto (2016), *Pastor Rouaix y su influencia en el constitucionalismo social mexicano*, México, SCJN.
- MORALES, Luis Gerardo (1991), “Museopatía revolucionaria”, en *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*, t. 1, México, INEHRM / Gobierno del Estado de San Luis Potosí, pp. 398-411.
- \_\_\_\_ (1993), “Museo público e historia legítima”, *Historia y Grafía*, núm. 1, 1993, pp. 156-163.
- \_\_\_\_ (1994a), “Museografía e Historiografía”, *Boletín Archivo General de la Nación*, 4ª serie, núm. 2, invierno, pp. 15-38.
- \_\_\_\_ (1994b), *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1790-1940*, México, Departamento de Historia-UIA.
- \_\_\_\_ (1998), “Ancestros y ciudadanos El Museo Nacional de México, 1790-1925”, tesis doctoral, Departamento de Historia-UIA, México.
- \_\_\_\_ (2002), “Objetos monumento y memoria museográfica a fines del siglo XIX en México”, *Historia y Grafía*, núm. 18.
- \_\_\_\_ (2009), “Límites narrativos de los museos de historia”, *Alteridades, Revista Semestral del Departamento de Antropología*, UAM-I, núm. 37, enero-junio.
- \_\_\_\_ (coord.) (2011a), *Historiografía, territorio y región*, t. I, México, H. Congreso del Estado de Morelos, L y LI Legislaturas / UAEM / Navarro Editores.
- \_\_\_\_ (2011b), “La escritura-objeto en los museos de historia”, en Beatriz ALCUBIERRE *et al.* (coords.), *Oralidad y escritura. Trazas y trazos*, México, Ítaca / UAEM, pp. 71-84.
- \_\_\_\_ (2011c), “La mirada de Moctezuma y la museología poscolonial en México”, *Museo y Territorio*, núm. 4, pp. 60-68.
- \_\_\_\_ (2012a), “Las búsquedas del sentido en las experiencias de lo sensible”, en Víctor GARCÍA (coord.), *Cartografía de prácticas expositivas del Instituto Nacional de Bellas Artes*, México, Coordinación Nacional de Artes Plásticas del INBA, pp. 32-50.
- \_\_\_\_ (2012b), “Museología subalterna (sobre las ruinas de Moctezuma II)”, *Revista de Indias*, dossier “Museos de Antropología en Europa y América Latina. Crisis y renovación”, vol. XXII, núm. 254, enero-abril, pp. 215-240.
- \_\_\_\_ (2015), “La mediación de la institución cultural del

- museo”, en Julieta ESPINOSA y Teresa YURÉN (coords.), *Ciudadanía, agencia y emancipación. Diálogo entre disciplinas*, México, Juan Pablos Editor.
- OLIVÉ, Julio César (2003), “La conservación del patrimonio cultural en México hasta la creación del INAH”, en Julio César OLIVÉ, y Boly COTTOM (coords.), *INAH. Una historia*, vol. I, México, INAH.
- “Plan de Texcoco. 23 de agosto de 1911”, en Berta ULLOA y Joel HERNÁNDEZ SANTIAGO (coords.), *Planes en la Nación Mexicana. Libro Siete: 1910-1920*, México, Senado de la República / El Colegio de México, 1987, pp. 153-154.
- POGET, Jean François Albert du, marqués de Nadaillac (1883), *L'Amérique préhistorique*, 2 vols., París, G. Masson éditeur, 1883.
- RIVERMAR, Leticia (1987), “En el marasmo de una rebelión cataclísmica (1911-1920)”, en *La antropología en México*, vol. 2, México, INAH.
- RUTSCH ZEMMER, Mechthild (comp.) (1996), *La historia de la antropología en México, fuentes y transmisión*, México, Universidad Iberoamericana / INI / Plaza y Valdés.
- \_\_\_\_\_ (2007), *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, México, INAH / IIA-UNAM.
- SEPÚLVEDA, Teresa (1982), *Eduard Seler en México*, México, INAH.
- VALADÉS, José C. (1985), *Historia general de la Revolución mexicana, 1910. El Centenario de la Independencia*, México, SEP / Gernika.
- VÁZQUEZ GÓMEZ, Francisco (1982), *Memoria política, 1909-1913*, México, El Caballito / Universidad Iberoamericana.
- VÁZQUEZ LEÓN, Luis, y Mechthild RUTSCH (1997), “México en la imagen de la ciencia y las teorías de la historia cultural alemana”, *Revista Ludus Vitalis*, vol. V, núm. 8.
- ZERMEÑO, Guillermo (2009) [1878], “La mirada de un naturalista”, en Friedrich RATZEL, *Desde México. Apuntes de viaje de los años 1874-1875*, Lucía LUNA (trad.) [introd. de Franz TERMER en la reimpresión de 1969, y Guillermo ZERMEÑO para esta edición], México, Herder, 2009.